



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(José Riquelme.)



—Que soy excelente actor
creo que á la vista salta.
Y hasta voy á acabar por
cantar como un ruiseñor,
¡único don que me falta!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Miopía mía, por Juan Pérez Zañiga.—Fiestas en..., por Eduardo de Palacio.—La forma poética llamada á desaparecer, por Sinesio Delgado.—Bagatelas, por Luis de Ansoarena.—Palique, por Clarín.—Correspondencia de verano, por Fiacro Yrizar.—Chismes y cuantos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas José Riquelme.—La higiene del pedal (tres viñetas).—La forma poética llamada á desaparecer.—Fantasía acuática (tres viñetas).—Candor.—La igualdad social (cuatro viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

(DESDE SAN SEBASTIÁN)

De día en día se va animando la ciudad donostiarra. Hay ya muchas señoritas preciosas en el Bulevar y muchos chicos elegantes con ternos de lana dulce que chocan furros.

No faltan tampoco caballeros graves con zapatos de lona que pronuncian discursos didácticos en el café de la Marina, sobre la interesante cuestión de Cuba, y dan á entender que han podido salir diputados y no quieren para evitarse compromisos.

Refiriéndose á uno de éstos, preguntaba un joven de la localidad á cierto bañista de Madrid:

—¿Conoce usted á ese caballero? Debe de ser persona de elevada posición.

—Sí; es de Eslava.

—¿Dñaño del teatro?

—No, señor; corista. Cuando termina la temporada suele vender hules y plumeros por las calles de la corte.

En una fonda de las más baratas todos los huéspedes se las echan de personajes, especialmente una señora de Madrid que ocupa un gabinete en compañía de su esposo.

—Aquí venimos á buscar descanso—dice ella,—porque en Madrid hacemos una vida muy agitada. ¡Como éste es hombre público!...

—¿Son ustedes del ramo de quincalla ambulante?—pregunta un compañero de hotel algo simple.

—¡Qué! No, señor. Éste (y señala á su esposo), éste es funcionario del municipio; pero como tenemos tantas relaciones, siempre estamos en movimiento.

La señora anda envuelta en un saco color de café con leche, que ella intitula guardapolvo, y cubre su cabeza con un sombrero de paja monumental, terminado por un manojo de flores cordiales. Hace ocho días que sólo se quita los guantes para comer, y no hay plato que le guste, ni silla que no le parezca incómoda, ni camarero que le sirva con prontitud.

El esposo oculta las formas con un trajecillo de tela que parece papel de estraza y tiene todo el aspecto de un sacerdote portugués vestido de paisano.

Ella posee el don de comunicarse con todos los huéspedes y de monopolizar en la mesa todas las conversaciones.

—No coman ustedes esa carne, que parecé corcho. ¡Jesús! ¡Qué serrilleta me han puesto hoy! Huele á leche de oveja.

—En las fondas tiene que haber siempre descuidos disculpables—dice el marido filosóficamente.

—No seas benévolo, Paco. Me da rabia este hombre... Todo lo encuentra bien; y han de saber ustedes que lo mismo hace en Madrid con sus subalternos. Tiene cinco escribientes y les trata como á hijos.

En cuanto llega al hotel un nuevo bañista, ya está la señora de D. Paco contándole que éste desempeña un elevado destino en el ayuntamiento y que dos veces ha querido Cánovas hacerle senador vitalicio, pero él no quiere porque detesta la política.

—¿Qué necesidad tenemos nosotros de disgustos?—añade.—Éste está satisfecho con su posición, y adiós gracias no carecemos de

nada absolutamente. Por tener, hasta tenemos un macero que va á casa todos los días á hacernos las camas.

Cuando sale la conversación de Madrid y sus placeres, dice la señora de D. Paco:

—¡Ay Madrid de mi alma! ¡Cuánto me acuerdo de él!

—¿Son ustedes de Madrid?—pregunta cándidamente el nuevo comensal.

—Sí, señor; es decir, yo nací en Navalcarnero, pero mi familia siempre estaba haciendo viajes á la corte. ¡Como papá era banquero!

—¿Hacía bancos?

—No, señor; se dedicaba á la banca.

—Y además vendía pieles de cabrito—añade el esposo.

Ella entonces le lanza dardos con los ojos, y el pobre funcionario, al notar que ha cometido una indiscreción, oculta la cabeza detrás de la botella del vino y se pone á comer de prisa y corriendo.

—Nosotros salimos de Madrid todos los veranos porque aquel calor es insufrible—sigue diciendo la señora,—y eso que tenemos una casa muy fresca, Perro, 11 principal. Aunque nos esté mal el decirlo, siempre nos han gustado las comodidades... Y ahora que me acuerdo, Paco, ¿has contestado á Beleño, nuestro amigo el senador? Beleño y éste son como hermanos, porque á éste lo crió una cabra.

—No veo la consecuencia.

—Pues es muy fácil de entender. Un tío político de Beleño le regaló al papá de éste una cabra joven, y como mi suegro nunca quiso que la madre de éste criase, éste fué á parar á poder de la cabra, que le quería como á un hijo.

La señora de D. Paco hace las delicias de los huéspedes.

Los más cándidos la miran con admiración, y alguno de éstos ha ido á ver al fondista para decirle:

—Yo quisiera comer aparte, porque hay en la mesa una señora de la aristocracia, y como no tengo costumbre de tratar á esas señorones, cada vez que pone usted sardinas no sé cómo comerlas.

Y el fondista, que conoce ya á los matrimonios cursis que veranean en San Sebastián, contesta con la mayor confianza:

—Créame usted á mí. Cómanse las sardinas con los cinco dedos, sin el menor reparo. Conozco mucho á mis huéspedes.

Luis Taboada.

*

Miopía mía.

La cortedad es, señores, en esta vida un tormento. Yo no soy corto de talla, ni de talle, ni de genio; pero soy corto de vista y sufro tanto con serio que no me mato de un tiro solamente porque temo hacer mala puntería por lo mismo que no veo, y taladrarme un tobillo por taladrarme los sesos. No siempre llevo mis lentes de seis grados... bajo cero y suelo hacer unas planchas de primísimo cartelo cuando voy á los teatros y cuando voy á mi pueblo, y en la calle y en la iglesia y en los toros y en paseo... ¡Cuántas veces voy á misa y al ingresar en el templo, por tomar agua bendita, meto en un cepillo el dedo! Frente al altar me coloco, me santiguo muy sereno, me dispongo á oír la misa (pues lo que es verla no puedo) y le pregunto á una vieja para que me entere:

—¿Llegó?

—Sí, señor, llega usted ahora, como yo llegué hace tiempo.

—Digo á misa.

—Sí; ada están en el último evangelio.

Saludar en un balcón á la doncella creyendo que es la señora, mil veces lo repito. Por supuesto que á cualquiera le es difícil el distinguir desde lejos si son ó no son doncellas algunas damas que vemos. ¡Pues y con niebla y de noche! ¡Entonces si que es lo bueno! Cierta noche nebulosa, en la calle de Tudescos, frente á una casita en donde vive la linda Remedios, me puse á hacer varias señas con el bastón y el pañuelo á un bulto que en la ventana se hallaba tomando el fresco. —Señorito, ¿está usted loco? me dice, al verme, el gallego nocturno que chuzo en ristre se arriba. Y yo le contesto: —No estoy loco, es que esa chica me gusta y se lo demuestro. —¿Pero, hombre, si en la ventana no hay tal chica!

—¿Pues qué es esa!

—¿No lo ve usted? Un botijo colocada sobre un tiesto. Otra noche oscura y fría en densa neblina envuelto iba yo por una calle solitaria, cuando siento que me arrebatan la capa y que me dejan á cuerpo. —¡Socorro!—grito—¡Socorro!

Guardias, cogedle! (y me esfuerzo por llamar á un par de bultos que se hallaban no muy lejos).
Guardias, por Dios, que me atracan! Y nada, los bultos quietos.
Como que eran, según vi cuando estuve cerca de ellos, un par de guardacantones.
Buena plancha! Por supuesto que hubieran sido dos guardias y lo mismo hubieran hecho.
Si sale una procesión y de cerca no la veo, cuando pasa la custodia, yo, nada, sigo cubierto; mas pasa luego el piquete que marcha detrás del clero, y al cabo de gastadores le rezo dos padrenuestros y ante el postrado de hinojos le pido desde mi puesto que me conserve la vista y que me aumente el dinero.
Pues digo á ustedes si sufro en las visitas de duelo cuando con vista de lince se rompe cualquiera un hueso! Entro sumido en tinieblas

en el fúnebre aposento, y á no ser con el olfato, lo mismo que hacen los perros, no adivino dónde se halla la viuda del interfecto, ni nadie; tan sólo atino á aplastar algún sombrero, sentarme sobre una dama ó dar conmigo en el suelo.
En vista, pues, de estas cosas que me hacen tan mal efecto, no he de quitarme los lentes ni aun cuando duerma en mi lecho.
¿No suelo en mis pesadillas ver confusos mil sucesos que yo no acierto á explicarme por lo turbios que los veo? Pues durmiendo con anteojos veré más claros los sueños.
Sí, señores, no más planchas, y antes de andar como un ciego, ¡benditos sean mis lentes de seis grados bajo cero!
¿Que me hacen mal? No me importa. De todos modos soy feo...
¿Que me hacen bien? ¡Pues no saben ustedes lo que me alegro!

Juan Pérez; Zúñiga.

Fiestas en...

¡Qué carteles tan artísticos!

Arriba, juntos al escudo con las armas de la ciudad, los retratos de *Guerrita*, *Bombita* y *Tripita*, matadores escriturados para torear con sus cuadrillas en aquella plaza, en tres corridas de reses llamadas «bravas».

Debajo una playa y á lo lejos un acorazado saludando á la playa: en primer término peces mayores que el acorazado, por mor de «una perspectiva playera».

En otro óvalo, á derecha del anterior, un río, un viaducto, un tren.

En otro óvalo, dehesa, toros, mansos, vaqueros á caballo, y ciclistas al foro sueltos, ó *quousque tandem*, pájaros y globos de la misma familia unos y otros.

Debajo el retrato del alcalde primero, organizador de los festejos. Una vista de un paseo iluminado por la electricidad veneciana y otra vista del circo taurino desde otra provincia.

Por fin, un *musaico*, como decía un diputado andaluz. Opera, las compañías de Mario y Guerrero, que peregrinan en la Península, carreras facultativas de velocipedos, caballos y demás;

y, sobre todo, corridas de toros, aunque toreen el *Ocharito* y el *Orejitas* y el *Patiitas*.

¿Qué más puede pedir el forastero para divertirse?

Trenes á precios y asientos reducidos, hospedajes malos tal vez, pero caros, y esto atienda lo otro.

Y siendo el forastero persona conocida... el disloque.

Particularmente si es ministro ó periodista de alguna circulación, ó autor cómico al alcance de todas las faltas de inteligencia.

Serenata por los asilados y por algún amorfeón espontáneo, visitas y un banquete semanal para que improvise algunas coplas, con anticipación, ó mande correspondencias á Madrid, diciendo cómo le dan de comer y cómo le tratan y los nombres de los cómplices, y los adelantos de la provincia y las necesidades de la misma y de algunos particulares.

—¿Usted es Butifarres? ¡Ah, qué felicidad! Nicasio, corre, que está aquí el señor de Butifarres. ¡Ay, qué risa y qué gracia! Ven, sal pronto, verás qué cara tiene tan cómica.

Esto cuando el periodista pertenece á la cuerda de *chispeantes*.

Si á la de los serios, le reciben con frac hasta los gañanes del campo.

Hasta los alimentos que le dan cuando le *banquetean* son serios, tristes y aun de consecuencias coleriformes.

El autor del banquete, ó, mejor, á quien obsequian con el banquete, saca del bolsillo el recibo, digo, la poesía «abusiva» y lee entre «atronadores aplausos» unas preciosas—estilo periodístico—quintillas con rabo, es decir, de seis versos y pico, que proporcionan al poeta ovaciones delirantes.

No se dice en la correspondencia del interesado si le han metido debajo de la mesa ó le han roto algo.

¡Ovaciones delirantes! ¡Qué barbaridades!

Pero el periódico las publica y satisface á los señores que se hallan complicados en las ovaciones al redactor corresponsal y en algunas causas civiles ó criminales, tal vez.

«Esto no es vivir—escribe el imbécil, atronado á fuerza de palmas y ovaciones y *orfeonado* y toreado.—Me abruma tantos agasajos que no merezco.

»Ayer me presentaron á un niño que toca el laúd de nacimiento: es un prodigio verdadero.

»En el Casino me dedicarán una sesión de *monte*, sin puertas; en el Liceo, una velada iliteraria.

»Han llegado aquí el duque del Tropiezo y su hermosa hija, los marqueses del Torrezno y el novio de la señora, los condes... y el conocido profesor dentista doctor Pichichi, el cual nos ha invitado á los representantes de la prensa á la inauguración de su gabinete, obsequiándonos espléndidamente, extrayéndonos cuantas muelas y raigones quisimos perder.

»Por sacar algo, yo me saqué una muela putrefacta.»

La verdad es que se pasa bien en el verano, siendo alguien, particularmente.

Y más particularmente no teniendo exceso de vergüenza.

Eduardo de Palacio.

La higiene del pedál.



À las seis de la mañana.



A las nueve.



A las doce.

LA FORMA POÉTICA LLAMADA A DESAPARECER



Si de la altiva torre
las puertas te han cerrado
porque era intempestivo
tu cántico de amor,
de tu laúd las cuerdas
no rompas despechado;
no pierdas la esperanza,
no llores, trovador.

No llores si las notas
que lanzas al castillo
las piedras de sus muros
no logran traspasar,
que no está el mundo todo
detrás de ese rastrillo,
y habrá quien halle goces
oyéndote cantar.

Jamás la poesía
se ha conservado pura
cuando al oído llega
del harto de placer,
porque los versos pierden
su gracia y su ternura
al convertirse en siervos
del oro y del poder.

En cambio canta ¡oh bardo!
á los que abajo gimen,
á los que en vano buscan
consuelo á su dolor,

á los que siempre sufren
y nunca se redimen,
¡verás cómo comprenden
tus cánticos de amor!

¡Malhaya, amén, el numen
que adula potentados
por la esperanza sola
del premio que le den!

¡Bendito el que es apoyo
de los desheredados
y fieramente vibra
luchando por el bien!...

No subas al palacio
señor de las montañas,
que allí tal vez se burien
del pobre soñador.

Desciende á las aldeas,
visita las cabañas,
defiende á los humildes...
¡y canta, trovador!

Sinesio Delgado.

Fantasía acuática.



—Mañana, si Neptuno
no nos auxilia,
me voy á Groenlandia
con mi familia.



—¡Ay! no hay más solución que salir á la pradera
á tomar el fresco. Ahí, en la charca, no se puede
respirar.



—El mar está que hierve.
De vez en cuando
hay que tomar refrescos
para ir tirando.

Bagatelas.

Me produjo cansancio tu hermosura,
busqué con loco afán otros placeres,
y hastiado, al fin, de las demás mujeres,
quise de nuevo mi anterior ventura.
No me llevaba entonces á tu lado
el fatal atractivo del pecado,
sino la ansiosa sed que siente el alma
de gozar la dulzura de la calma
después de las tormentas del pasado.
Te daba lo más grande de mi vida;
buscaba lo ideal, y antes la prosa...
¡Mi inooble fiebre te encontró amorosa!...
¡Mi puro anhelo te encontró ofendida!
¡Ahora necia altivez y antes flaqueza!...
Pero ¿qué hay en el cambio que me asombre,
si ya no me importaba tu belleza,
que adoráis en vosotras más que el hombre!...

Sé que bajo esa toca,
sudario que pusiste á mi ventura,
se esconde la cabeza de una loca
que mezcló á sus anhelos la impureza,
y que, aun hoy, ama á Dios por su hermosura
más que por su grandeza.

¿Para qué?... Déjalo... Si ya es lo mismo...
La lumbre se hizo hielo...
¡Al caer la virtud en el abismo
se va siempre el amor llorando al cielo!

Siendo Luisa una niña candorosa,
oyó bramar á la tormenta un día
y temió por la vida de una rosa
que á la intemperie en el jardín tenía.
La triste suerte de la flor la aterra,
y, casi sin pensar en lo que hacía,
la arrancó rudamente de la tierra.
Después, con la expresión de una inspirada,
cuando la puerta de su casa cierra,
dice al besar la flor:—¡Estás salvada!
¡Y qué horrorosa angustia
sintió al día siguiente
al ver la flor que, idolatraba, mustia
por falta de sostén, de luz y ambiente!

Ya joven, amó á un hombre con delirio,
mas creyendo un pecado
demostrarle el amor que la abrasaba,
se entregó á ese martirio
de disfrazar con el mayor cuidado
su instinto de mujer que despertaba.
Y el otro, aunque de veras la quería,
se apartó poco á poco de su lado
por darle miedo una mujer tan fría...
Á Luisa el golpe envenenó el alma,
y dice desde entonces tristemente:
—¡Las flores y el amor piden ambiente!
¡Más que la tempestad mata la calma!

Luis de Ansorena.

Candor.



—Tenía razón Eduardo. ¡No hay nada como el monte! Pero él hablaba además de entrés, iguales, elijan... y yo no veo aquí más que árboles y más árboles.

PALIQUE

Si vous croyez
que je vais dire
qui j'ose aimer,
je ne saurais
pour un empire
vous la nommer.

Así canta un muchacho tímido y enamorado en *El Candelero*, de Musset; y yo también diré á ustedes que sé quién es alguno de los autores del libro titulado *Cuentos y chascarrillos andaluces*, pero que no le nombraré ni por un imperio, porque la palabra es palabra y he prometido guardar el secreto.

Temo, sin embargo, que sea el secreto á voces; porque al gran ingenio, cuando visita de incógnito, le suele pasar lo que á los reyes en el mismo caso: todo el mundo está en el secreto.

No se necesita ser muy linceo, ni muy zahorí en materia de estilos, gustos y tendencias de nuestros escritores notables, para adivinar quién es el autor insigne que ha de tener una gran parte, si no el todo, en la gloria de haber publicado ese tomito alegre, es

decir, oportuno; porque el buen humor castizo es la cosa más oportuna en nuestros días, en nuestra patria, para sacarnos de esta seriedad triste, infecunda, sosa, en que se nos apoca, entumece y encanija el ánimo.

Se trata de un libro que, técnicamente, pertenece al famoso *folklore*, pero hay *fagots* y *fagots*, como diría Molière. El *folklore* de los pedantes, de los eruditos de feria, de los sabios de tienda del aire, es insoportable, una *chifladura*, inutilidad enojosa y *encombrant*, como dicen los franceses. El *folklore* de los ilusos, de los grafomanos, de los que no sabiendo decir nada por su cuenta ni alcanzar á la erudición propiamente literaria, se dedican á recoger escorias, estiércol filológico, nonadas populares, me recuerda lo que dice el gracioso en el sainete *«Las gracias de Gedeón»*. ¿Para qué sacudir el polvo á los muebles, si el polvo que se levanta de una silla va á caer sobre otra?

Busca el entrometido indiscreto y atropellado sabiduría popular, sin distinguir, haciendo pacotilla de todo; lo colecciona, lo publica entre comentarios indigestos; pero ¿qué cristiano lo ha de leer? ¿Qué consigue? Que aquello antes esparcido, olvidado por menudito, insignificante y demasiado, ahora, amontonado, estorbe más, moleste más; por la abundancia, que hace tan aparente el verlo junto, sofoca y es causa de mayor menoscabo.

Resultado, que el polvo pasó de una parte á otra, que las harreduras mudaron de sitio, pero no de condición ni de mérito. Cosa

bien diferente es el trabajo del folklore cuando cae en manos del inteligente, del sabio y hombre de gusto. El jugo de los *petits faits* se avalora; las chispas del ingenio anónimo se aprovechan, en foco que encuentra el talento, para producir verdadera luz y lumbrera.

No aturde lo demasiado, no desanima lo inconexo, y de la muchedumbre asle un sentido, una lección. Todo esto se nota en el libro *Cuentos y chascarrillos andaluces*. En nada se parece á esas colecciones que la avaricia de un editor pide á un hambriento para que junta, sin ton ni son, joyas del ingenio desconocido con diábetes, chocarrerías y aun indecencias del vulgo; aquí, sin asomar ni un momento la pedantería, y sí la más sólida y reposada y sana erudición, burla burlando, con la elegancia se hermana el serio propósito didáctico, y cúmplase, sin que el lector se hastie, el fin principal de reducir á muy agradable escritura literaria, lo que en forma tosca anda de lengua en lengua, siempre expuesto á la adulteración y al olvido.

El mayor mérito está en el primoroso, ameno, pintoresco, sobrio, natural y sencillo estilo y en el lenguaje puro, noble y castizo con que vienen aderezados los cuentos y chascarrillos, particularmente aquellos que, por más largos, dejan lugar á la descripción gráfica y de justos colores, donde la abundancia del léxico hace ver sus ventajas. Entre los chistes y gracejos de tradicional origen, hay no pocos, sin querer el autor acaso, del *redactor*, modesto, pero agudo y malicioso, aunque él no se dé cuenta de ello.

Andaluz, dicen los mal escondidos señores que coleccionaron estos cuentos, que son de origen todas sus historietas y salidas; pero no hacen hincapié en esto y sólo aseguran que ellos en Andalucía las oyeron y con cierto saborete andaluz las encontraron adobadas. Bien hacen en no defender á capa y espada la procedencia de todas y cada una de las ingeniosidades que coleccionan; y tal vez el haberlas ellos oído en Andalucía consista en que ellos sean los andaluces y no los cuentos; que no lo son todos quiero decir, pues de muchos sabía yo, y por la forma en que los conocía y el origen del conocimiento lo mismo, ó mejor, pudiera creer que eran del Norte. Acaso algunos, á pesar de su humor y su prosa llana, son no menos peras ó indios que los que todos sabemos que vienen de tan lejos. El hombre antiguo es seguro que fué muy desgraciado, ó por lo menos, en las grandes dificultades de aquella vida tuvo motivos para serlo; pero hay razón para conjeturar que el recurso de aliviar los males con buen humor, malicias y licencias del lenguaje es cosa tan vieja acaso como el vicio del juego, que según Ihering es, entre los descendientes de los Arios, antiquísimo.

No son para doncellas ni para niños estos cuentos y chascarrillos, advierte la Introducción; y bueno es saberlo, para que el libro no llegue á manos en que no estaría bien, ni dé motivo á que se escandalicen fuera de razón los *padres de familia*, que tienen su curial en la crítica.

A los que ostentan (los chascarrillos y cuentos) *olor escatológico* yo no les veo la disculpa que los indulgentes é incógnitos coleccionadores apuntan. No basta que Homero consintiera—sin duda cuando estaba dormido—tales perfumes á sus dioses (que comían ambrosía); también entonces se lavaban los pies fuera de tiempo y muy en público. ¿Qué había de ser la antigüedad en este punto, si hasta la Edad Media, como dice Taine, vivió sobre un estercolero? La verdadera limpieza es cosa muy moderna, y por algo la palabra puleritud, que en rigor quiere significar hermosura, la vamos reduciendo al concepto de aseo. Tal vez yo, por razón de temperamento, soy un poco exagerado en tal asunto, y mi intransigencia respecto de esa clase de licencias y *gracias* (1) tiene bastante de subjetivismo fisiológico, si cabe decirlo así. Confieso que Rahelsis me molesta cuando es tan sucio; que el dios Crepitus de Flaubert en *La tentación de San Antonio* me repugna; que las demasías de cierto género del *Cristo de La Tierra*, de Zola, me molestan, y que hasta he leído con asco la apología del estiércol humano (no sé si hay irreverencia en hablar así) que estampa el simpático Oliván en su *Manual de Agricultura*. Dejemos esto, y cuanto antes. Pero, se me olvidaba: no sé por qué, sólo la aventura de los batanes, á pesar de no oler á ámbar, me produce regocijo, sin arco, entre todo lo que pertenece al género pútrido de los *Perfumes de Barcelona*.

Para concluir: yo aconsejo á los lectores de MADRID COMICO que compren los *Cuentos y chascarrillos andaluces*. Es libro amenísimo, variado, ligero, en el buen sentido de la palabra, propio de la estación (*calce rerum sustantia*); clásico, porque lo es la tradición del ingenio de que probablemente en gran parte procede (pues madre común del ingenio castizo culto y del popular es la *sal de la tierra*) y clásico por alguno de los *presuntos redactores*; el cual, aun vivo, ya merece figurar al lado de Quevedos y Quintanas, Luisas y Saavedras, Moratines y Gallegos.

Y á propósito, si por causa de algo de lo arriba dicho, lo menos lisonjero, hay quien malicie que yo aludo en lo del incógnito conocido al Sr. D. Narciso Campillo, andaluz, profesor de retórica, autor de cuentos y conocidísimo hombre de pluma, declaro que no hay tal alusión, aunque la haga verosímil, entre otras cosas, el ser el Sr. Campillo asiduo tertuliano en casa del ilustre varón (que en griego no tiene olfato) á quien aludo en efecto, pero sólo por virtudes que fijan, limpian y dan esplendor.

Clarín.

CORRESPONDENCIA DE VERANO

Herrideros modernos de San Clemente.
14 de Julio.
(Año corriente.)

Cumpliendo mis deberes de periodista, deberes que no hay nadie que los resista, emprendí mi campaña como otros años, y anteayer por la tarde llegué á estos baños. Para que así se enteren nuestros lectores, voy á darles detalles y pormenores, imparciales, exactos, justos, sinceros, de lo que me parecen los *Herrideros*. Este establecimiento, que el Ebro baña, es de lo más notable que hay en España. ¿Qué ambiente delicioso! ¿Qué hermosos montes y qué alegres praderas y qué horizontes! Las aguas de estas fuentes son milagrosas, y he visto que hacen curas maravillosas. Con dos ó tres vasitos por las mañanas, se curan las bronquitis y las tercianas, y dan, según afirman sabios doctores, buen humor al que tenga *malos humores*. ¿Y la fonda que tienen? ¡Vaya una fonda! ¿Qué mesa la que llaman mesa redonda... (Aunque está, según creo, muy mal llamada, pues no es mesa redonda, sino cuadrada.) ¿Y el repostero? ¡Digo!

¡Si no hay dinero con que pagarle puedan al repostero! Aquí todo es grandioso y extraordinario. La comida, las camas, el balneario; en fin, yo lo aseguro, nadie le tose. ¡Como que es, caballero... el acabóse!

.....
Postdata interesante: Hace un momento que he pedido la cuenta por cumplimiento, y el dueño de los baños, que es una fiera, me ha cobrado lo mismo que á otro cualquiera. ¿Y para esto me precio de periodista y le doy tales *hambor* en mi revista? Excusado es decirles que aquí no hay montes ni tienen alegría los horizontes; que el agua milagrosa tan sorprendente es el agua del río sencillamente; que en las cuentas abusan de la tarifa, y que esto es, caballeros, una engañifa. Y para que se enteren nuestros lectores les doy estos detalles y pormenores, imparciales, exactos, justos, sinceros, de lo que me parecen los *Herrideros*.

Fiacro Tráyyoz.

LA IGUALDAD SOCIAL

(GRACIAS Á LA TEMPERATURA)





La aristocracia.



La burguesía.



El proletariado.

CHISMES Y CUENTOS

La Junta central de *Unión republicana*, como ella se llama á sí misma pomposamente, se ha reunido uno de estos días y ha tomado una porción de acuerdos á cual más importante.

Se hace constar en ellos la más violenta oposición á los proyectos de prórroga de las concesiones de ferrocarriles, de *ensayo* de las minas de Almadén, del estanco de la sal, etc., etc.

Todos representan indudablemente la opinión del país entero (exceptuando, naturalmente, la de los señores diputados que van á votar todas

esas cosas como un solo borrego), pero... ¡ay! nada es perfecto en este mundo.

Y esos acuerdos tienen la misma fuerza que si los hubiéramos tomado yo y mi criada.

Porque han de saber los señores de la Junta central que no se sirve á la patria haciendo uno que se enfada y no juega, como los niños pequeños, sino permaneciendo en la brecha constantemente y dispuesto siempre á impedir con todas sus fuerzas esas expoliaciones de la riqueza pública.

Si estuvieran ahora ocupando su puesto en las Cortes como era su deber, en vez de haber apelado á un retraimiento ridículo que á nadie le ha importado un rábano, de algo y aun de algo hubieran podido servir á la Nación imposibilitando la marcha del Gobierno y apelando á todos los recursos para impedir el avance por tan desastroso camino.

Las consecuencias, que son las que asustan á los demás partidos, á ellos podrían tenerlas sin cuidado, puesto que no tienen obligación de pararse en barras ni guardar miramientos de ninguna especie.

Porque haciendo lo que han hecho constará su protesta, pero... no pasará de ahí el lance, y se aprobarán todas esas leyes, ¿cuándo se va á poner el remedio?

El día del juicio por la tarde.

Coletilla de los sueltos anteriores, puesta por la agencia Fabra: «May en breve emprenderán viajes de propaganda los prohombres de los partidos republicanos por todas las provincias del territorio.» ¡A buena hora, mangas verdes!

Sigo riéndome de la fiera de la raza.

Porque no puede darse mayor tranquilidad que la que estamos teniendo todos al enterarnos de que los señores deportados cubanos, hijos, sobrinos, ó padres de los cabecillas, se pasean por Madrid gusapamente sin que nadie les moleste lo más mínimo, conspiran á sus anchas en los sitios públicos, reúnen fondos, reclutan adeptos, se enteran de cuanto puede importarles y... cuando han cumplido tan delicadas misiones, toman el portante y se vuelven á la manigua.

Porque yo supongo que ustedes se habrían hecho la ilusión de que todos esos caballeros que nos manda el capitán general de Cuba salían inmediatamente para Ceuta, las Marianas ó las Carolinas, y hasta no habrá faltado algún alma candorosa que haya pensado que los echaban al agua en el camino, en justa reciprocidad de los asesinatos é incendios con que ellos se entretienen en el teatro de la guerra.

Pues no, señores.

Se les trata con todo género de consideraciones, se les pide palabra de honor de que no han de escaparse, y se les deja en libertad de faltar á ella cuando mejor les plazca.

Tampoco entenderán ustedes la razón de que todos los días se reciban noticias de importantes descubrimientos en la Habana, ora de personas formales que auxilian descaradamente á los insurrectos, ora de pacíficos ciudadanos que envían á Máximo Gómez fusiles y cartuchos, sin que á las noticias se añada el epílogo de que, aprehendidos *in fraganti* los traidores, han sido colgados de un cocotero inmediatamente.

Porque el Gobierno, al usar esos procedimientos de mantequilla, se conoce que echa en olvido que por causa de esos apreciables ciudadanos se están muriendo del vómito ó pasando penalidades muchos miles de jóvenes españoles que ningún mal habían hecho.

Comprendo que un ministro no puede cargar con la tremenda responsabilidad de las resoluciones enérgicas, pero... todo tiene arreglo en el mundo.

Préndase allá á todos los que directa ó indirectamente favorezcan á la insurrección, tráigaselos á España y póngaselos bajo la custodia de las madres de los que pelean en Cuba.

Es de creer que quedarán bien guardados.

Otra cuestión interesante bajo todos sus aspectos es la de los cruceros de Génova.

El ministro se ha empeñado en adquirirlos y nosotros no vamos á tener más remedio que pagarlos.

Fué allá una comisión, dijo que los barcos eran bonitos, pero que le parecían excesivamente caros; el ministro no hizo caso de esa pequeña y siguió adelante con su idea. Un senador advirtió oportunamente que los cruceros en cuestión habían sido rechazados por la República Argentina, á la cual se los daba la casa constructora cinco millones de francos más baratos que á nosotros, que allí había trampa y que los periódicos bonerenses nos tomaban el pelo con tan fausto motivo; el ministro hizo oídos de mercader y juró que no quería enterarse de esas cosas.

Para postre, la casa Ansaldo ha hecho circular la especie de que ya le van disgustando á ella esos aplazamientos, y que eso no es tener formalidad y que patatán y que patatán, en lo cual se han apoyado los periódicos ministeriales para aconsejarnos prudencia si no queremos exponernos á perder esa ganga.

Y ahora pregunto yo:

¿Es que esos cruceros nos hacen tanta falta que no podemos pasar un día más sin ellos? ¿Es que hay que adquirirlos por fuerza y pasando por todo? ¿Á qué los va á destinar el señor ministro? ¿Á vigilar las costas de Cuba no será, porque ya está demostrado á estas horas que los buques de gran calado no sirven allí para maldita de Dios la cosa.

Pues entonces... ¿á qué viene semejante locura?

Y lo chusco es que toda la manía de S. E. se reduce á que se pague

ahora eso que la comisión ha creído precio excesivo, y luego se discurrirá reposadamente el asunto.

Es decir, cuando no haya modo de impedir el disparate.
¡Díganles á ustedes que nos van á dejar sin camisa!

Se ha fundado el «Club Guerritas».

Los fundadores se han apresurado á nombrar á Rafael III presidente honorario.

Yo no puedo resistir á la tentación y voy á hacerme socio, si me lo permiten.

Porque siempre da gusto estar presidido en cualquier cosa, y aunque sea honorariamente, por una gloria nacional.

El que se pone gracioso de veras, cuando quiere, es D. Práxedes Mateo Sagasta.

En vista de las difíciles circunstancias por que atravesamos, se ha encastillado en Avila, y de allí no hay fuerzas humanas que le arranquen. ¡Es el sistema eterno del jefe del partido liberal en cuanto se echa encima un conflicto, dejar que pase solo!

Pero no está en eso la gracia precisamente.

La gracia está en que, consultado por los *prohombres* de su partido sobre lo que deben hacer, ha dicho que «comprende que con los proyectos económicos del Gobierno la Nación marcha seguramente á la ruina, pero entre dejarlos pasar ó que le acusan de crear dificultades al ejército de Cuba, está por lo primero».

Es decir, que el ilustre presidente del Consejo de ferrocarriles del Norte prefiere el total aniquilamiento del país á que le tilden de poco amigo de uno de sus organismos, que también había de quedar destruido, como es consiguiente.

¡Es la más donosa teoría que se ha lanzado á la publicidad desde que el mundo es mundo! ¡Porque es mucho hombre ese!

Sola en un desierto está
Soledad Solís y Olea...
¡Si no es esto *soledá*,
que venga Dios y lo vea!

Si te están sofocando estos calores
tira la falda y la camisa, Rosa,
y ponte entre los rizos unas flores,
que «una bella está bien con cualquier cosa».

LUIS SÁNCHEZ RUBIO.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un cualquiera.—La idea del primer soneto me gusta, pero está demasiado diluida. En cuatro versos tendría más efecto seguramente.

Sr. D. R. A.—Sí; cambíe el nombre porque en los romances debe evitarse la terminación aguda mientras sea posible.

Luz y Fer.—¡El mismísimo diablo le ha inspirado á usted el epigramal! Porque parece cosa de libro prohibido.

Sr. D. J. C.—Llegó la carta, pero no los versos que en ella anuncia.

El caballo normando.—Fíjese usted, sin ir más lejos, en que parece que va á usted á empezar un romance en *za* y luego resulta que es en *á*. En seguida va usted y consonanta lo que debe ser asonante, y... en fin, que no está ni medio bien nada eso.

Simpistre.—¡Jesús! ¡Qué triste, qué lánguida y qué *mijita* de cursi le ha salido á usted la primera!

Fray Lagarto.—Permítame usted que le haga una advertencia importantísima. No tiene usted idea de la metrificación. Ó por lo menos en el modo de contar las sílabas no se conoce que la tenga todavía.

Sr. D. S. G.—Aliaga.—Remitiremos á usted gratis, y con mucho gusto, todos los números que le hayan faltado. Diga cuáles son y los recibirá á vuelta de correo.

Un poeta que empieza.—Que empiece de la manera adjunta:

«¡A CUYA ESPAÑOLA

Oda.

Protesto energicamente
con todo mi corason
con alluda de mi mente,
del yankee impertinente
que nos quita la rason
¡cuando nos zobra atosmente!»

Un hombre así no necesita *alluda* de ninguna clase. ¿Para qué? ¡El «ólo se *habría* camino?

Marisco.—Á broma hágeme. Pero mire usted que si no fuera broma... ¡había usted dado una muestra de su ingenio precoz que partió los corazones empedernidos!

El gato blanco.—No encuentro nada que tenga el saliente necesario. Otra vez será.

Sr. D. A. E. F.—He invitado á las palabras *sabe* y *pague* para que hagan un esfuerzo y sean consonantes, ¡y nada! no han querido. ¡Ahí el verbo deber no se escribe con *v*.

Feli P.—«Dispensa, Sinesio,
si te molesto
con este adfesoio
de los del cesto.»

Molestar no molesta usted, pero de ahí á versificar como Dios manda hay un abismo. Véase la muestra.

La baraja francesa.—Dos quintillas son demasiados versos para un *trucanillo* insignificante.

Sr. D. E. L.—Podrá ser verdad, pero está demasiado lastimoso y no conviene achicar el ánimo en las circunstancias presentes.

Sr. D. C. V. J.—No están mal, pero no tienen novedad desgraciadamente.

Los dos guasones.—¿Que les detalle todas las faltas? ¡Ay! no tengo bastante papel á mano.

El devoto de San Crispin.—No, pues ése sí que es romance y también es medianilla. La carta particular es la que me gusta. ¡Vea usted lo que son las cosas!

Le petit Patrarca.—El pensamiento es bastante vulgar y la forma no se recomienda por su fluidez. Digo, ésta es mi opinión, por lo menos.

Un besugo.—Me parece demasiado fuerte. Eso ocurre efectivamente en el mundo, pero resulta repulsivo y no debe contarse de una manera tan descarnada.

Ibirigütsanga.—Voy á decirle en secreto
lo que me da el corazón.
Pues... me da que ese soneto
no es de usted: ¡es de Alarcón!

Sr. D. V. P.—¡Hombre! «A Fulanita de Tal. (Declaración.)» ¿En esas estamos todavía? ¿No sabe usted que está prohibido declarar las pasiones ardientes en letras de molde?

Mustio Cebolla.—Antiquísima la idea. Y hasta estaba por asegurar que muchos ó casi todos los conceptos.

Filipipi.—¡Dios nos perdone á ambos! Á usted por haber escrito eso y á mí por haberlo leído tranquilamente. Porque los dos estamos en pecado mortal desde hoy día de la fecha.

Sr. D. A. D.—Esa especie de letrillas filosóficas pasaron de moda hace mucho tiempo.

Car. h. b. lito.—Cuatro menudencias son
y ninguna interesante.
Se lo digo con bastante
dolor de mi corazón.

Filidoro.—¿Sabe usted lo que resulta á primera vista? Pues un poco inocente.

El autor.—¿Los defectos que tiene? Pues... mire usted, no hay en toda la composición casi ningún verso que verdaderamente lo sea. Conque no le digo á usted más.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: FEMINELLAS, 4, primera planta.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID